

persona presencial de este suceso, la cual me ha asegurado que los cuerpos principales del ejército real estuvieron vacilantes y á punto de pasarse; los americanos fueron los primeros en romper el fuego, lo que se tuvo por una agresion que no podia perdonar el gefe de un ejército disciplinado. Finalmente, siendo la posicion ventajosa, y estando además rodeada de barrancos, quebradas y agua, habria sido muy costoso el triunfo á Calleja, si se hubiera sostenido el ataque. Este general petulante, cuya pluma se recreaba en trazar cuadros de matanzas, dice que la pérdida de los americanos *excede ciertamente de diez mil hombres*, entre muertos, heridos y prisioneros, y que pasaron de cinco mil los tendidos en el campo. Yo lo creo tan cierto como que él solo tuvo *un muerto y otro herido*. No hay duda que murieron no pocos inermes en el alcance de la caballería; pero como él mismo confiesa, el terreno presentó obstáculos á sus columnas de caballería, causa porque no cogió al general Hidalgo, y esos mismos lo fueron para el mayor alcance.

Tomóse mucho parque, toda la artillería, y entre ella los cañones de Trujillo que dió al virey por *inutilizados y sepultados*, once coches, y se rescataron Rúl, Garcia Conde y el intendente Merino, los cuales, aunque juramentados con Hidalgo de no tomar las armas, lo volvieron á hacer, no sé con qué conciencia, si como cristianos ó como caballeros españoles. En esta vida todos tienen su *moral peculiar* para hacer lo que mas les viene á cuento, aunque la razon y el evangelio lo repugnen: tal suerte han corrido algunos de estos juramentados. La relacion de este suceso nos la esclarece el manuscrito hallado casualmente por mí en el archivo del vireinato que imprimí en 1828, é intitulé *Campañas del general Calleja*, que á la página 22 dice:

„Por ahora solo añadiremos para completa instruccion, que además de los cañones de batalla recobrados de los que perdió Trujillo en la montaña de las Cruces, tomó Calleja ocho de igual calibre, uno de á ocho sin cureña que se quedó en el campo embalado y desmuñonado por falta de cureña para conducirlo, otro de irregular calibre que se desbarrancó y que realmente era una carronada, el carro de municiones que perdió Truji-

Plano de los terrenos inmediatos al pueblo de Acacero en los que subsistió y dispersó el ejército de los insurgentes al mando de don Juan Antonio Calleja.



ciento veintitralla, tres cincuenta las seis mil de metralla, Valladolid guerra, un seiscientos ochos, trece de cigarros, de zapap bien pare. Prisi- ásticos si-
 y coronel
 o Galvan.
 la muer- se destina- n oficio de osas.
 te campo y cinco y han muer- ia que por

llo, otro idem pequeño de dos ruedas casi destruido, ciento veinte cajones de pólvora, cuarenta cartuchos de bala y metralla, tres cajones de municiones que se abrieron en Querétaro, cincuenta balas de hierro tomadas en el monte de las Cruces de las seis mil remitidas de Manila el año de 1809, diez racimos de metralla, dos banderas del regimiento de Celaya, una del de Valladolid y cuatro peculiares de los insurgentes, diez cajas de guerra, un carro de víveres, mil doscientas cincuenta reses, mil seiscientos carneros, doscientos caballos y mulas, diez y seis coches, trece mil quinientos cincuenta pesos en reales, † un cajon de cigarros, varias piezas de plata, porcion de fusiles, seis cajones de zapatos, equipages, ropa, papeles y.... *ocho muchachas bien parecidas*, que Calleja llama el serrallo de los insurgentes. Prisioneros, cerca de seiscientos, y entre ellos los eclesiásticos siguientes.

El Dr. D. José María Gastañeta y Escalada.

Br. D. José Mariano Abad y Cuadra.

Fr. José María Esquerro, agustino.

Fr. Manuel Orozco, franciscano.

PARTICULARES.

D. José Fulgencio Rosales, teniente de Celaya y coronel de insurgentes.

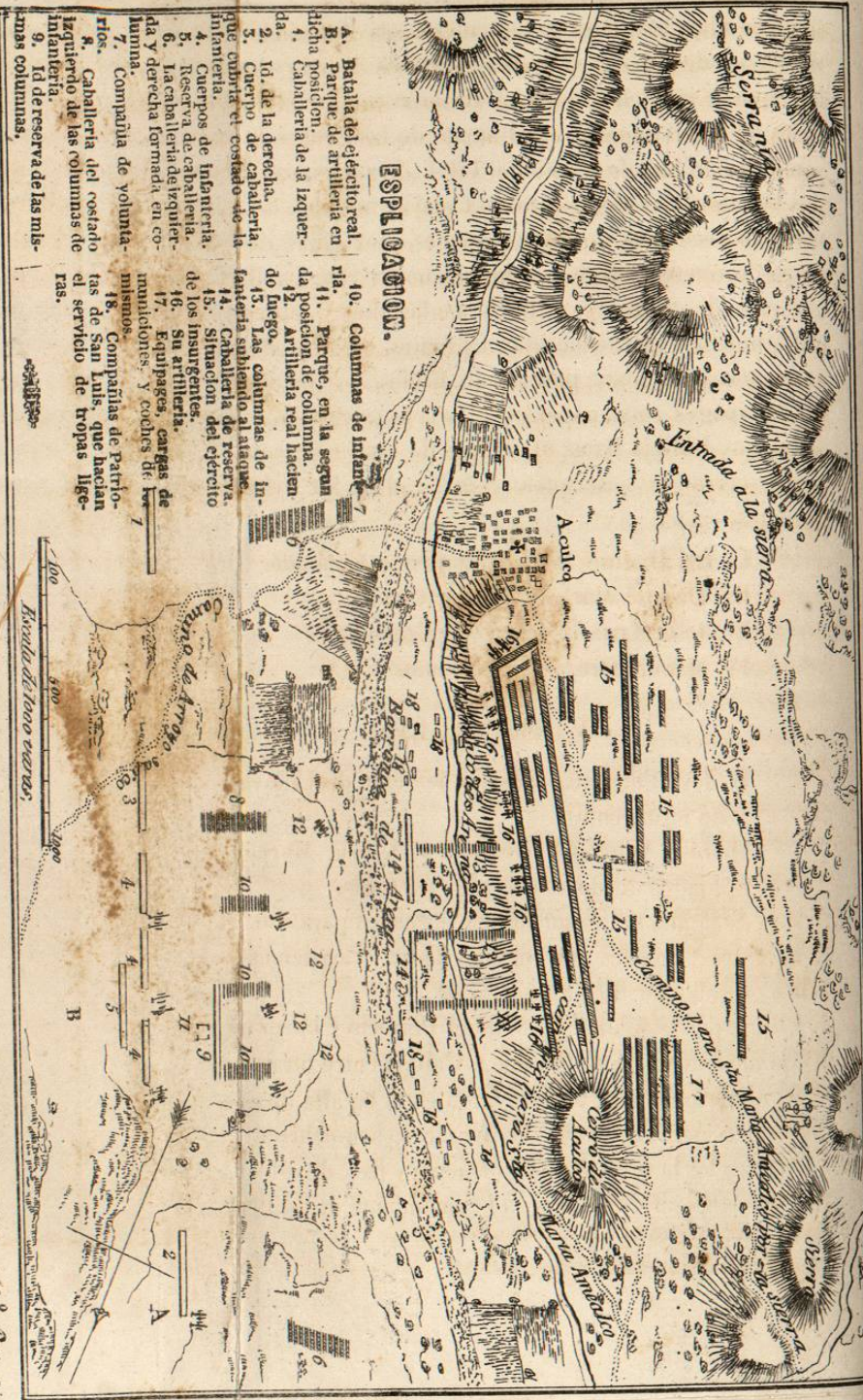
D. José Antonio Valenzuela y D. José Mariano Galvan. Soldados de varios cuerpos, veintiseis.

Con dictámen de asesor fueron sorteados para sufrir la muerte aquellos á quienes cayó el fatal dado. Los demás se destinaron á presidio por diez años.

El justicia de Aculco D. Manuel Perfecto Chavez en oficio de 15 de noviembre de 1810, dice á Calleja entre otras cosas.

El número de muertos que hubo en la ba'alla de este campo de Aculco inclusive los de Arroyozarco, son ochenta y cinco y nada mas: los heridos fueron cincuenta y tres, de estos han muerto diez: entre ellos no parece el comandante de artillería que por

† Seria sin duda mucha mayor cantidad.



Planos de los terrenos inmediatos al pueblo de Aculco en los que se batieron y dispersaron al ejército de los insurgentes el 7 de Noviembre de 1810 por el Sr. Brigadier D. Félix Calleja que mandaba en jefe el ejército real.

Tomo I.º pag. 83.

V. S. se me encarga, y solo uno de los heridos dice que dicho comandante artillero se pasó al regimiento de V. S.

Remito al Sr. teniente coronel cuatro fusiles, cuatro pedreros y una bandera, todo lo cual se halló en el monte por la gente que á mis espensas determiné saliese á registrarlo". . . . He aquí á lo que se redujeron los *diez mil* entre muertos y heridos que dijo Calleja al virey habia hecho, y de que habla tan pomposamente la gaceta de 20 de noviembre de 1810. Esto es mentir sin embozo."

Conseguido este primer triunfo por las armas reales, Calleja se retiró de Aculco para S. Juan del Rio á desarrollar toda la ferocidad de que era capaz aquella pantera. Hasta entónces creia México que en él habia un oficial rutinero con sus claros y oscuros de Quijote; pero desde esta época ya pudo presentir que emularia á los Tiberios y Domicianos. Sus tropas comenzaron á señalarse con acciones sacrílegas é inmorales. Robaron en Aculco la custodia con el mismo Sacramento, y aunque se probó el hecho en el arzobispado, quedó impune por no desabrir al gobierno. Los excesos de los insurgentes eran mirados como crímenes nefandos; mas los del partido opuesto se estimaban por pequeñeces, si no se calificaban de virtudes heroicas.

Obtenido el triunfo de Aculco, Calleja publicó un bando en cuyo artículo segundo dice: „En el término de seis horas traerán todos á la casa de mi alojamiento cuantas armas de fuego y blancas, incluso los machetes y cuchillos, que existan en su poder, así como la pólvora y demás municiones de guerra que tuvieren; en el concepto de que al que las ocultase ó no delatase á los que las tuviesen en su poder, serán tratados y castigados como cómplices de la insurreccion." En el artículo cuarto dice: „Que los que no hicieren lo que esté de su parte para la defensa del pueblo y de los derechos del rey, serán tratados sin consideracion alguna, pasados á cuchillo y el pueblo reducido á cenizas."

El virey Venegas aprobó por su parte estas providencias y añadió otras, porque su corazon y el de Calleja parecian fundidos en una misma *turqueza*, añadiendo. . . . Que la entrega de armas se verificará sin que valga el pretexto de que algunas sean

instrumentos del uso de labradores, gañanes ú operarios. . . . Tal era la dulce consonancia en que estaban estos gefes, la cual duró hasta que Calleja comenzó á recorrer la tierradentro con batidores, usurpando las preeminencias vireinales.

REVOLUCION DE POTOSI EN AUSENCIA DE CALLEJA.

El cura Hidalgo despues de la derrota de Aculco marchó con muy poca gente armada para Valladolid. Dejémoslo en aquella ciudad disponiéndose para marchar á Guadalajara á consecuencia de haberse ocupado esta el dia 11 de noviembre y ganándose la batalla de Zacoalco el mismo dia en que fué la accion de Aculco por su teniente D. José Antonio Torres, capitulando con el ayuntamiento de resultas de dicha accion y la de la Barca, y sigamos la marcha del ejército de Calleja para Guanajuato; mas como esta relacion la tiene y muy estrecha con la revolucion de S. Luis Potosí hecha durante la ausencia de su opresor, demos antes una mirada sobre ella, con tanta mas razon, cuanto que los periódicos nada han dicho sobre este suceso importante de nuestra historia, verificado la noche del 10 al 11 de noviembre (1810.) La memoria que tengo á la vista y que copio, dice así: „Hay hombres dotados de un ingenio extraordinario para formar una revolucion sin mas auxilio que su talento natural; tal y tan funesto es el que cupo á *Fr. Luis de Herrera*, lego del orden de S. Juan de Dios de la provincia de México, y que le dará eterna nombradía en nuestros fastos.

Cuando el cura Hidalgo pasó por Celaya con su ejército, se le reunió este fraile con el título de primer cirujano; pero como se separase de la tropa espedicionaria por fines particulares, y marchase á S. Luis Potosí, las partidas apostadas de orden de Calleja en una de las haciendas del Jaral lo arrestaron por sospechoso, y condujeron á la cárcel de S. Luis ignorando que fuese fraile. Viéndose aprisionado con una barra de grillos en los pies y sin esperanza de recobrar su libertad, para conseguirla declaró su estado, y se le trasladó con las mismas prisiones al convento del Carmen: aquí suplicó que se le llevase al convento de su

orden que hay en aquella ciudad, constituyéndose fiadores suyos el prior y los demás conventuales. Conseguida esta pretension concibió el atrevido proyecto de apoderarse en una noche de la ciudad Fr. Juan Villerías, lego del mismo convento de S. Juan de Dios. Al efecto solicitó á D. Joaquin Sevilla y Olmedo, oficial de lanceros de S. Carlos, con quien pactó Herrera le proporcionase alguna tropa para la empresa por cuantas maneras pudiese, segun sus conocimientos locales. Efectivamente, este le franqueó las pocas armas y municiones que tenia en su casa. Prevalido del carácter de oficial con que era conocido, á las diez de la noche encontró á una patrulla de su cuerpo y á otra de caballería, á las que dijo que necesitaba de su auxilio á efecto de practicar una orden del comandante de aquella ciudad; creyeronlo de buena fé, y se lo dieron: pasó á S. Juan de Dios, donde se le reunieron los legos Herrera y Villerías, y juntos todos pasaron al convento del Carmen llamando con la campana á confesion: pidiéronla para D. José Pablo de la Serna, que era persona bien conocida en el lugar. Abierta la puerta sorprendieron al portero carmelita, á quien aseguraron juntamente con los demás frailes. En el Carmen habia una numerosa guardia encargada de la custodia de muchos presos que se habian mandado allí por Calleja, á toda la que sorprendió en el momento Sevilla, y de consiguiente le entregaron sin dificultad todas las llaves de las celdas que servian de prisiones. Hallábanse entre los arrestados varios oficiales de la brigada de S. Luis y de otros cuerpos que esperaban la muerte por momentos. Reunidos ya todos los presos, y á buen recado todos los frailes, se les hizo saber á los primeros que era llegada la hora de su libertad; pero que necesitaban hacer uso de sus puños para acabar de conseguirla. Armáronse, pues, todos con los fusiles y carabinas del cuerpo de guardia, y con el mayor orden y silencio partieron á la cárcel para sorprender la guardia y estraer de allí los presos. Consiguióse la empresa á merced de la actividad y secreto que se tuvo en su ejecucion; mas al salir toda la gente para ejecutar lo mismo en el cuartel de artillería, como se sintiese algun rumor en la casa del comandante Cortina que estaba en frente, su guardia comen-

zó á hacer fuego sobre los sublevados. Mataron á cuatro de estos é hirieron á un asistente del oficial Sevilla; sin embargo, avanzó este con su tropa rápidamente sobre el cuartel, y lo tomaron. Grande fué la confusion que produjo este asalto, pues muchos aun de los mismos sublevados creyeron que el movimiento se hacia á favor de la plaza. Sacáronse diez cañones calibre de á cuatro, que colocaron en las entradas de la plaza, y asestaron uno sobre la casa del comandante que continuó el fuego, y como matasen á un cabo de artillería é hiriesen á otro, se irritaron altamente Sevilla y Herrera, y dispusieron avanzar al momento sobre los demas cuarteles de la ciudad para sorprenderlos é intimarles rendicion. Verificóse todo con buen suceso; solo la casa de Cortina persistia con obstinacion en defenderse. Sevilla situó en la azotea de las casas reales una compañía de infantería que le hiciese fuego, con prevencion de que procurasen apuntar sobre los balcones, ventanas y clarabollas. Herido Cortina en un cachete fué hecho prisionero, y su tropa resistente mató á diez y siete americanos hiriendo á no pocos. Serian las siete de la mañana del 11 de noviembre, cuando se concluyó esta arriesgada empresa: dióse luego cuenta de ella al Sr. Hidalgo, y se comenzaron á dictar providencias para conservar la paz y tranquilidad adquirida. Nombróse por gefe político é intendente á D. Miguel Flores, originario de S. Luis Potosí: no se notó en aquel dia mas exceso pue el saqueo que la tropa hizo de la casa, tienda y bodegas del comandante Cortina, altamente quejosa de su obstinada resistencia: arrestáronse mas de cuarenta europeos que se pusieron á disposicion de Hidalgo. Descansaba la ciudad en la confianza, cuando á la segunda noche inmediata á este suceso, rondando una de las patrullas en primer cuarto, al pasar por la casa del europeo D. Gerónimo Berdiez, le comenzaron á hacer fuego. Consiguióse por la fuerza que la patrulla entrase en la misma casa de donde se fugaron los europeos autores de aquel atentado: el comandante americano ofendido de esta agresion tiró del sable sobre Berdiez, y lo lastimó tanto con sus golpes, que murió de ellos. Al tercer dia de estas ocurrencias se recibió correo de Zacatecas mandado por D. Rafael Iriarte que se hallaba

TOM. I.—14.

en aquella ciudad con no poca gente armada; preguntaba al le- go Herrera y á sus compañeros si podria venir á S. Luis en mar- cha para Guanajuato, á donde se dirigia para auxiliar á Allende: contestósele que seria bien recibido. Efectivamente, entró en S. Luis y se le recibió con repiques, *Te Deum* y salvas; se- guíale una turba de indios de flecha que mandó formasen en la plaza y allí evolucionasen en el aire: diéronse bailes por tres dias consecutivos; Iriarte procuró manifestar su gratitud á estos obsequios, y por su parte mandó hacer otro baile para celebrar á Herrera, Villerías y Sevilla; estaban en él disfrutando de la con- fianza, cuando hé aquí que el festin fué interrumpido con el ar- resto de los tres, y se apoderó traidoramente de la artillería y de cuanto estaba bajo el mando de estos tres gefes. Villerías logró fugarse en el acto con cincuenta hombres para Guanajuato á es- poner sus quejas á Allende. Ni terminó en esto la perfidia de este malvado, pues al dia siguiente de haberla ejecutado, entre cuatro y cinco de la mañana mandó á sus tropas que dieran la voz de . . . *mueran los traidores de S. Luis*, y que se echasen sobre los caudales públicos y de particulares como se verificó has- ta las once del dia, en cuyo espacio de tiempo no dejó su bárba- ra chusma ni aun las rejas de los balcones de las casas. Quiso gozarse con este hecho de iniquidad, y lo celebró en su casa con un banquete, y estando en la sala rodeado de sus oficiales hizo que les trajesen á los presos que creyeron iba á quitarles la vida; pero por un cambio de afectos difícil de explicar, y que so- lo cabe en un hombre para quien es indiferente el ódio y el amor, la virtud y el crimen, los abrazó, les sentó á su mesa, les dijo que se hallaban en libertad: díjoles que la causa de aquel procedimiento habia sido evitar una desgracia con sus personas, y que él ya habia conseguido su intento que era el saqueo de la ciudad. Hizo del monarca agraciador, y nombró de coroneles á Sevilla y Lansagorta, y á Herrera de mariscal. Dijo que al dia siguiente marchaba para Guanajuato: nombró á un Fr. Zapata y Lansagorta para que cuidasen de las armas y municiones que dejaba en S. Luis. Flores quedó en su empleo de gefe político. Mar- chó, pues, esta division para el auxilio de Allende en Guanajuato.

to; ¿pero cómo pudiera impartirlo cuando su marcha era tan leu- ta y perezosa como tardía é inútil? Habria llegado en sazon oportuna si el mas precioso tiempo no se hubiera gastado en es- tas felonías é infames depredaciones." Seguiré el hilo pendien- te de Guanajuato, reservándome para su tiempo continuar la re- lacion de lo ocurrido en S. Luis Potosí.

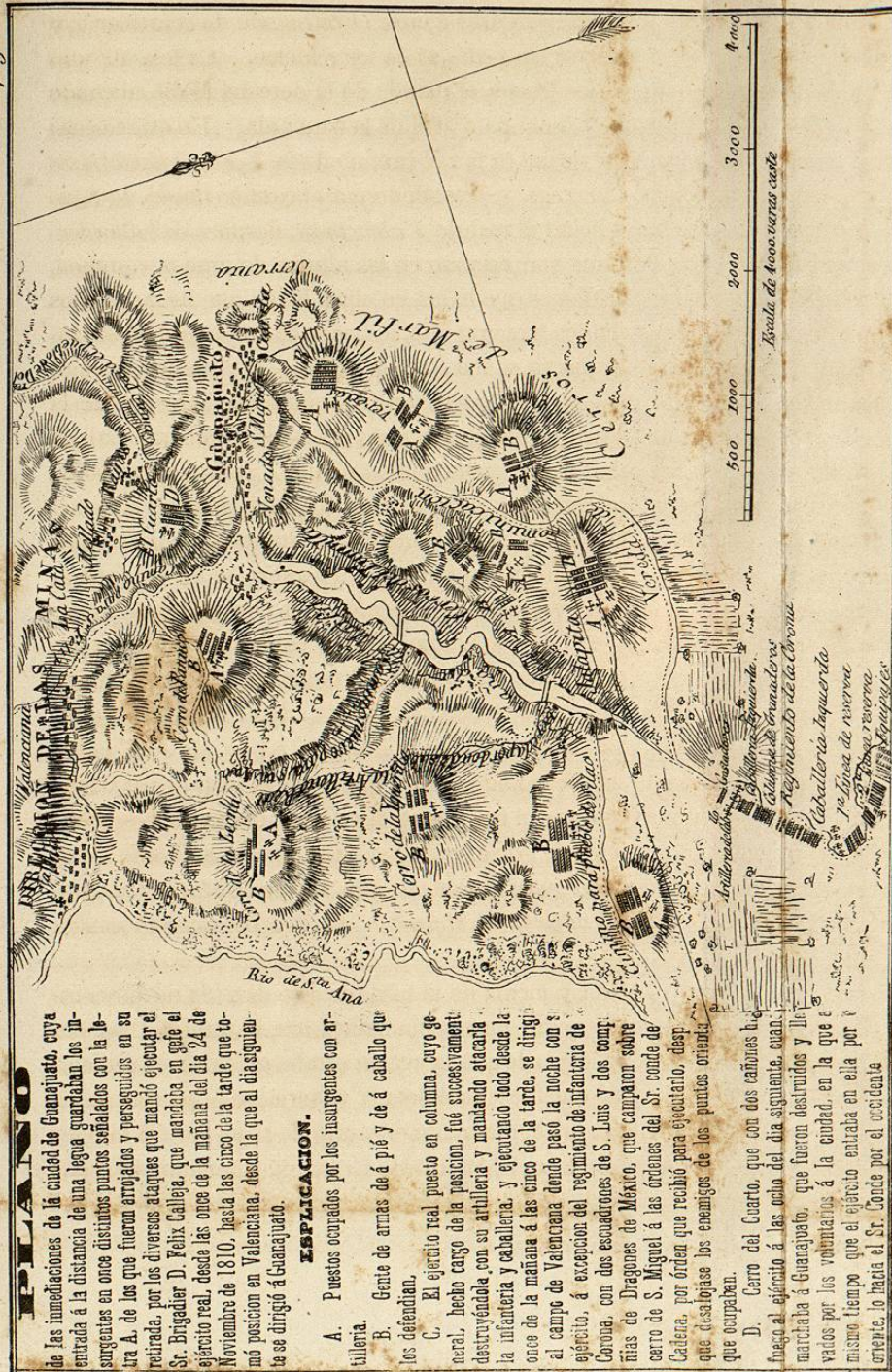
El dia 15 de noviembre salió Calleja de Querétaro para Gua- najuato, é hizo las jornadas siguientes segun su itinerario; á Apa- seo: á Celaya: á la Hacienda del Molino: á Salamanca: á Irapua- to; á Burras y á Guanajuato. En esta ciudad se supo el 10 que estaba en Celaya el ejército: avisóseles á Hidalgo y á Iriarte por Allende para que vinieran á reunírseles, lo que jamas se verifi- có. Allende reconoció las alturas de Guanajuato, y eligió los puntos que le parecieron á propósito para la defensa que medi- taba, en los que mandó situar cañones que dominaban los ca- minos de entrada precisa. Hizo barrenar distintos puntos de la Cañada de Marfil para que se disparasen como minas al tiempo de pasar el ejército. Distribuyó la gente que estimó necesaria en cada punto de defensa, en cuya operacion empleó los dias si- guientes hasta el viernes 23 en que convocó á todos los eclesiás- ticos de la ciudad á una junta que presidió el Lic. Aldama. Ex- citólos este á que predicasen al pueblo exhortándolo á tomar las armas por la causa que defendia, encaminado precisamente á dar libertad á la nacion. Efectivamente, los eclesiásticos predicaron aquella tarde siguiendo la idea indicada.

El sábado 24 se supo que Calleja habia avistádose á la prime- ra batería situada en *Rancho Seco*, y mandó que marchase toda la gente y artillería que restaba al mando del general Jimenez que debia dirigir la accion. A las doce se supo que Calleja ha- bia tomado algunos cañones y muerto mucha gente; noticia que conmovió al pueblo, y se tocó generala con la campana mayor de la parroquia para recoger á toda la plebe: toque que solo sir- vió para entrar en confusion todo el vecindario, y que cada fa- milia se guareciese en sus casas y conventos: el populacho ocur- rió á las cimas de los cerros para ver desde ellas el fin de la accion.

Tardó poco en comenzar á oirse el estruendo de la artillería, y menos en saberse las ventajas de los realistas. Calleja dividió su ejército en dos trozos, el mando de la derecha lo dió al conde de la Cadena, y tomó para sí el de la izquierda. En esta formación avanzó el primero por el camino de la *Verba buena* hasta llegar á las *Carreras*, y el segundo por el camino nuevo de *Santa Ana* hasta llegar al real de *Valenciana*, despues de haber forzado las baterías que estaban en las alturas de ambos caminos, tomando los cañones que habia en ellas: luego que llegaron á los dos puntos citados hicieron alto, así para dar descanso á sus tropas, como porque ya se iba á poner el sol. A vista de este movimiento, es visto que quedaron frustrados los barrenos de la cañada de Marfil, eludiendo su paso por ellos el general Calleja por haber sabido esta operacion en tiempo. Dábasele aviso de cuanto pasaba por un regidor de Guanajuato que merecia el mejor concepto entre sus conciudadanos, cuyas cartas con Venegas interceptó D. Julian Villagran cuando Calleja se dirigia á Guanajuato, las que remitió al Sr. Hidalgo; pero no pudieron llegar á tiempo que en tal caso habria pagado con su cabeza esta infame prodicion, no habria cortado él muchas en aquella ciudad en el tiempo en que la enseñoreó Calleja, de cuya mano recibíó la recompensa de sus servicios criminales, y hoy no seria como es el objeto de escándalo para los que no observan que la Justicia Divina conserva á los malos para descargar despues sobre ellos su prepotente brazo, y que si estos viven, es como decia S. Agustin, *ó que para que se corrijan, ó para que los justos sean por ellos ejercitados en la virtud.* † Quiera Dios que le suceda lo primero.

Serian las tres y media de la tarde de este dia, (24 de noviembre) cuando un negro platero llamado Lino, natural del pueblo de Dolores, noticioso de que la accion estaba ganada por Calleja, y presumiendo que fuese completa la victoria, salió por las calles y plazas juntando cuanta gente encontró de la plebe, á la que sedujo á que fuese á la Alhóndiga de Granaditas á matar á los europeos que estaban allí presos; y para inclinarlos á cometer aquel

† *Aut ideo vivit ut corrigatur, aut per illum justus in virtute exercentur.*



PLAN DE LA CIUDAD DE GUANAJUATO

de las inmediaciones de la ciudad de Guanajuato, cuya entrada á la distancia de una legua guardaban los insurgentes en once distintos puntos señalados con la letra A. de los que fueron arrojados y perseguidos en su retirada, por los diversos ataques que mandó ejecutar el Sr. Brigadier D. Felix Calleja, que mandaba en jefe el ejército real, desde las once de la mañana del dia 24 de Noviembre de 1810, hasta las cinco de la tarde que tomó posición en Valenciana, desde la que al dia siguiente se dirigió á Guanajuato.

EXPLICACION.

A. Puestos ocupados por los insurgentes con artillería.
 B. Gente de armas de á pié y de á caballo que los defendian.
 C. El ejército real puesto en columna, cuyo general, hecho cargo de la posición, fué sucesivamente destruyéndola con su artillería y mandando atacar la infantería y caballería, y ejecutando todo desde la once de la mañana á las cinco de la tarde, se dirigió al campo de Valenciana donde pasó la noche con su ejército, á excepción del regimiento de infantería de Corona, con dos escuadrones de S. Luis y dos compañías de Dragones de México, que camparon sobre el cerro de S. Miguel á las órdenes del Sr. conde de Cadena, por órden que recibió para ejecutarlo, despues que desalojase los enemigos de los puntos orientales que ocupaban.

D. Cerro del Cuarto, que con dos cañones hizo fuego al ejército á las ocho del dia siguiente, cuando marchaba á Guanajuato, que fueron destruidos y los valos por los voluntarios á la ciudad, en la que el mismo tiempo que el ejército entraba en ella por el oriente, lo hacia el Sr. Conde por el occidente.

terrible asesinato les decia, que ya Calleja había ganado la acción é iba á entrar á degüello con los europeos, por lo que vendria acabar con todos los que allí estaban. La plebe por lo regular poco inclinada á lo bueno, y por otra parte enhaziada de la opresion con que allí se le trató por el gobierno español, gravándola con un tributo anual de ocho mil pesos, y echándola á cada rato lazo para llevarla con violencia y riesgo de la vida á desaguar las labores de las minas, abrazó la proposición de aquel hombre despechado: dirigióse con gran número de gentes á Granaditas, donde encontraron resistencia á su entrada por D. Mariano Liceaga, que sabedor de la bárbara resolución tomada, se colocó en la puerta de la Alhóndiga é hirió á varios de los amotinados con el sable; pero cayó á tierra de una pedrada que le dieron, y escapó con vida prodigiosamente. En vano ocurrieron para impedir el estrago el capitán D. Pedro de Otero y el sargento Francisco Tobar, que apenas pudieron evitar la suerte de Liceaga echándose á huir. Posteriormente llegó el cura de aquella ciudad D. Juan de Dios Gutierrez, acompañado de varios clérigos y frailes para impedir esta desgracia, pero todo fué en vano; la plebe había forzado las puertas de los cuartos donde se encerraron los europeos, y dado muerte á la mayor parte de ellos, haciendo tal carnicería, que de doscientos cuarenta y siete que allí existian, y dos señoras que acompañaban á sus maridos, solo escaparon treinta y tantos, y una de las mugeres quedó mal herida. Despues entraron al saqueo: se llevaron varios tercios de efectos que allí había depositados, la ropa y cama de los europeos, y dejaron desnudos sus cadáveres. Los que escaparon de esta desgracia y entre ellos algunos heridos, se asilaron unos en el convento de Belen, y otros en casas particulares donde se les dió una hospitalidad generosa. Divulgóse luego este hecho de atrocidad, y todos temieron los funestos estragos de una represalia, y el enojo de Calleja: ocultáronse en sus casas, el pavor ocupó los corazones, reinó aquel silencio que siempre se pasea acompañado de los espectros; pero este fué interrumpido á las tres y media de la mañana con el horrízono estruendo de un cañon de á diez y seis, que desde el dia anterior había situado Allende